





[*Calmadamente Estela se mueve en la cama. Su respiración pasa a ser más sosegada; un suspiro, largo y aliviador, anuncia el pronto advenimiento del sueño. La vocesilla continúa con mayor volumen.*]

¡Tengo miedo!...miedo ¡Abuelita! ¡Sálvame!

[*Estela se sienta en la cama con rapidez, y mira el armario con una ira seca, porque no desea recordar.*].

ESTELA

¡No quiero huir más!

[*Enciende la luz de nuevo. Mira con desamparo el mueble antiguo y el cuarto, como si allí, entre esas cosas familiares, algo importante se le hubiera perdido. Se incorpora, va al ropero y saca una bata elegante. Los contenidos del armario son vistos por el público: fina ropa femenina de ostentosa modernidad. Cierra el ropero automáticamente, para luego abrirlo con curiosidad. Mira el rincón de la vocesilla infantil y sonrío con nostalgia.*].

ESTELA

¡Un día fui una niña boba!

[*Se pone una bata con delectación, se siente cobijada por la alta calidad táctil de la tela. Intenta hablar de nuevo por teléfono, pero ella misma se arrepiente e interrumpe la llamada; sin embargo, sigue conservando el auricular en su oído como si continuara la comunicación.*].

No podría resistir tu voz masculina. [*Imitándola con burla.*] “Ahora no estoy para recibir su llamado...” Pero ¿cuándo? Yo no te necesito *tomorrow*, sino hoy.

[*Cuelga el auricular con tristeza. Va hacia la televisión, y la enciende con apatía; solamente recibe una cascada de polvos cosmotelevisivos, único vestigio del vacío de la voz y la ausencia de la imagen, símbolo en negativo del mundo de hoy. Estela lo mira fijamente como si fuera quedando hipnotizada. Luego parodia con voz de locutor.*].

“En Louisville [*o la ciudad de esa noche*], una mujer fue encontrada muerta en su departamento, se sospecha de suicidio. Se niega la posibilidad de que haya sido un homicidio en quinto grado, el que mata el alma.” ¡Bah!... *El informe del tiempo*: Mañana, el tiempo nublado con amenaza de tormenta. El amanecer será frío, pero el atardecer tendrá una esperanza“ ¡Ja!... *El noticiario financiero*: Las acciones han ido perdiendo su valor, primero perdieron medio punto, luego bajaron un tercio, pero el pronóstico anuncia para mañana una nueva esperanza. Todavía no hay amenaza de recesión.”

[*Ha hablado con humorismo y ha terminado casi con un bailoteo desencantado. Repentinamente se escucha un ruido en el armario que anuncia que alguien o algo se ha movido dentro. Estela mira con pavor al mueble, para después intentar analizar el incidente con la serenidad lógica de un adulto. Abre el ropero, todo parece estar en orden. Mueve los vestidos como si buscara la razón del ruido. Suspira.*].

Prepararé la ropa para mañana.

*[Saca varios vestidos. Duda la elección. Mientras se imagina dando una presentación en la futura junta].*

Me veo obligada a contradecir a todos los presentes. *[No le gustan las palabras.]* Su percepción del crecimiento del mercado es equivocada. *[Niega la efectividad de las palabras y decide cambiarlas.]* He elaborado un estudio del comportamiento del consumidor que demuestra nuestra miopía mercadotécnica. Lo podrán comprobar ustedes mismos, queridos colegas. *[Luego continúa para sí.]* ¡Hombres necios!

*[Ha ido poniendo la ropa sobre una silla hasta que completa el vestuario de una profesional. De repente contesta a un colega imaginado].*

¡Equivocado! Los costos de fabricación bajarán con nuestro programa de efectividad, pero eso no será perceptible este año! Lo que necesita esta empresa es mujeres como yo. Mi abuela decía que no hay que correr, ni sentarse a ver el paisaje. Ustedes quieren cambiar el mercado por completo o quieren contemplarlo desde su oficina. *[Continúa para sí.]* Y también decía que no hay que esconderse nunca.

*[Después saca un vestido con sorpresa, como si hubiera sabido de su existencia, es un vestido de maternidad. Se lo sobrepone con delectación, para luego quitárselo con repugnancia].*

Esa no soy yo. Matrimonio y mortaja del cielo baja, y luego llega el diablo y lo desbaraja.

*[Sonríe con cinismo, mientras pone el vestido en el cesto de la basura. Un cambio repentino la lleva al centro de la escena, en donde Estela se transforma en una colegiala que toma un examen, o acaso en una paciente ante su siquiátra].*

El temefem que hoy trataré versará sobre los aspectismos sexofémicos de algunas de las grandes mujeres de la historiafem. ¿Eva<sup>fem</sup> y Adan<sup>mach</sup> fueron creados por la divina<sup>fem</sup>, pero ella se sintió sola, por lo que la Divini<sup>fem</sup>, creó el jardín del Efem. ¿Sobrevivió alguna femmujer al machidiluvuo? La biblia afirma la salvación de todas las femparejas, pero no mencionismo la esposafem de Noemach.

*[Con sorpresa Estela se percibe desnuda en un lugar público. La durmiente sufre una de esas pesadillas que los estudios de sicología profunda interpretan como proyecciones de inseguridad. Sus manos palpan su cuerpo, desnudo en el sueño, mientras continúa hablando como si solamente ella se percatara del problema. Escucha risas, primero individuales, luego carcajadas colectivas. Mortificada sigue hablando con la pretensión imposible de conservar la dignidad].*

¿Quién logró una mayor liberación, Elenafe de Troya o Penélope? ¿María Magdafema o su hermana Martha? ¿La Malinche o sor Juana Inés de la Fem?

*[Estela se ha ido poniendo en cuclillas, estirando sus ropas para cubrir su inseguridad desnuda. Las carcajadas aumentan hasta llegar a ser viscerales].*

¿Y las liberosantas como Samfa Teresa? ¿Y la reina Isafem que contradijo a su conyumacho para descubrir Afémica? Y los gritonismos de indefendencia? ¿Y las mujeres que procrearon hifems y niefems y bisniefems y tataraniefems?

*[La escena se ha ido oscureciendo hasta que las imágenes, las risas y la estela de letanías se perdieron. La alarma cronométrica suena sorpresivamente en la oscuridad. Estela se sienta en la cama con un movimiento intempestivo, luego sofoca el tintineo con enfado. Había estado dormida, y en su soñar se sintió en el mundo inseguro y traicionero de las pesadillas].*

¡Las cuatro! ¿Donde andarás?

*[Estela enciende la luz, va al teléfono y comienza a marcar con rapidez el número tantas veces palpado, pero cuelga a la mitad del movimiento, quedando sus manos atadas al teléfono].*

¡Ya no! Te he esperado otras veces, pero ya no más.

*[Se sienta en la cama con enfado. Piensa que ya no puede dormir y decide preparar su plan de trabajo. Hojea algunos papeles y los guarda en un elegante portafolio con ostentación, mientras habla para sí misma].*

Nunca hablamos en serio.

*[Toma una grabadora portátil y, mientras deambula, dicta un mensaje a su secretaria].*

“Mensaje: Mecanografiar la agenda de la junta y hacer once copias. La junta es a las nueve. Dictado: Agenda de la junta del día... *[fecha del día siguiente de la escenificación.]* Punto Uno: Presentación de resultados. Punto dos: Comparación de resultados con el mes anterior.” *[Detiene la grabación y piensa.]* ¿Cómo pueden un hombre y una mujer ser felices...? Si la mujer es lista y el hombre listo, tienen una aventura *[affair]*..., pero si él es listo y ella tonta, él la hace su amante. *[Vuelve a la grabación.]* “Punto tres: La disminución del mercado. Punto cuatro: Plan de recuperación del mercado...” *[Interrumpe la grabación de nuevo.]* Pero si la mujer es lista y el hombre tonto, son novios... *[Continúa hablando la grabadora.]* “Punto cinco: Horario y fecha de la siguiente junta. Fin de la grabación” *[Para la grabadora.]* ... Pero si los dos son tontos, ¡se casan!

*[Estela guarda todo en su portafolio y lo cierra].*

¿Por qué me siento vacía ahora que debería sentirme completa?

*[La voz Infantil regresa susurrante: “Abuela... abuelita.” Estela repara en la televisión que aún permanece encendida, la apaga con disgusto].*

¡Muérete!

[*La Voz Infantil repica, inclemente, como si fuera una campana escondida dentro del majestuoso mueble: “Ven, abuelita, estoy sola y tengo miedo.” Estela abre el ropero con ira. La escena se transforma, la recámara de Estela desaparece tragada por el sobremundo de sus antecesoras. Ya no hay vestidos en el interior del armario, ahora está completamente vacío. Una luz casi marina la deslumbra, mientras el resto de la recámara ha sido disuelto en la necritud. Una multitud de clamores femeninos llama a Estela, son los gritos parturientos de su genealogía femenina. Estela cierra violentamente el mueble, y las voces y la luz casi acuática desaparecen; volviendo el espacio escénico a la cotidianidad. Estela inspira aire a pleno pulmón y, como quien se lanza a una laguna fría, abre la puerta y se introduce en el armario. Su interior está aún vacío, pero ya no contiene ni luces ni clamores. Estela se sienta en la esquina derecha — del público—, en el rincón de donde provenía la voz infantil. Las puertas permanecen abiertas, y las manos de Estela intentan infructuosamente cerrarlas desde dentro. El sonido de una gran campana cierra la doble puerta con un movimiento, y los dedos de Estela quedan pillados. Se escucha su dolor al liberarse. Las campanas aumentan el volumen de su clamor. La luz escénica paulatinamente disminuye hasta alcanzar el oscuro].*

## ESCENA SEGUNDA

*En los años cincuenta. La luz regresa en un parpadeo. Las puertas del ropero se abren con violencia, como si una fuerza mecánica interior las maneja. Del armario, como si fuera una puerta que comunicara con otro tiempo, sale una mujer en el rito femenino del vestir. El interior del ropero guarda ahora tres o cuatro vestidos pobretones. No queda rastro de Estela ni de su vestuario. Ella escoge un traje de dos piezas, prenda que obliga a recorrer el tiempo casi cinco décadas hacia el pasado. Es un traje de buen gusto, pero que acusa su demasiado uso. Ella pretende ser una profesional, pero su sueldo es tan sólo el de una aprendiz secretarial. Carga un gastado portafolio de cuero con tanta ostentación que acusa inseguridad. La mujer es Elvira, la abuela de Estela, cuando tenía casi treinta años. Sus rasgos son parecidos, pero su silueta es más robusta a pesar de su cintura avispada, como imperaba la moda femenina en los años cincuenta. Se maquilla precipitadamente con una anticuada mota, mientras se mira en el espejo de Estela.*

ELVIRA

Abuela, ya me voy, se me hizo tarde. Llegaré retrasada a la cita. Siempre platicamos de más. Y si pierdo esta entrevista, ¿Qué hacemos? Necesito el trabajo. Anoche repasé mecanografía y taquigrafía bilingüe.

[*Coloca una silla mirando al público. Una luz vertical la singulariza. Elvira imagina la entrevista mientras se prepara para partir. Se ha sentado y habla nerviosamente. El resto del espacio escénico se oscurece].*

Estudié secretariado bilingüe y me gradué con honores. Trabajé el verano pasado en la feria y en una oficina de votantes para una huelga. Además llevo la correspondencia de varios negocios pequeños, necesitan repuestos de equipos para el hogar, yo les redacto las cartas, en inglés, claro. Además, conozco de contabilidad y de archivonomía. ¡Nunca se me ha

perdido un legajo! El abecedario ya no es suficiente, usted debe saberlo, se necesita un sistema temático-técnico. Multiplico y divido más rápido que una calculadora mecánica. No me llevo bien con las demás secretarias. Nunca he faltado al trabajo, ni nunca ha habido quejas de mi... ¡Soy madre soltera!

*[Las puertas del ropero que habían quedado abiertas, se cierran con un portazo. Elvira se incorpora iracunda, con un gesto cansado de jotra vez! Se dirige al público].*

¡Y qué les importa mi estado civil! Me están ofreciendo trabajo, no matrimonio. ¡Pues, sí! Soy madre soltera con todo el honor del mundo. Nadie me sedujo ni me abandonó. Yo fui la que seduje a un hombre y lo abandoné. No por que lo quería, sino porque seguía un plan.

*[La puerta del ropero se abre lentamente, con un doloroso chirrido, como si el orín del tiempo se lo impidiera. Ha mirado al armario con impaciencia. Elvira se torna más juvenil, ahora sólo tiene veinte años].*

¡Abuela, yo no pienso quedarme soltera! No sé gustarles a los muchachos, pero quiero casarme. No me quedaré a vestir santos, como les pasará a las tontas de mis hermanas. Pero no quiero un marido nomás para que me llene de hijos y me deje viuda como a mamá...

¡Tú siempre defiendes a los hombres! ¡Yo quiero ser libre! Ya no me llamo Elvira, con las mismas letras puedo llamarme “Liberá”... ¿Qué quieres que haga? Si a los treinta años no se me para un buen partido, yo buscaré un hombre, no un marido, ni alguien que me conozca, así será mejor... Y con él tendré una hija, que será sólo mía, ni de él ni de ustedes ni de nadie...¿Pues de donde crees que saco esta idea? De los libros. ¿Has oído hablar de las Amazonas? Cuando ellas tenían una hija, mataban al hombre, porque sólo así volvían a ser libres. Yo no llegaré a tanto, sólo abortaré su memoria... Sí, ya sé, no debiera hablarte así. ¿Te escandalizo, abuela?

*[Las puertas del ropero se cierran con igual chirrido. La mujer toma una almohada y se la pone simulando ser una mujer preñada].*

¡Es mío, todo mío! ¡Hermafroditamente mío! Pero yo le enseñaré a mi criatura a ser feliz. Más feliz que lo que hemos sido mi madre y yo, y todas las madres del mundo.

*[Dentro del ropero se escuchan los golpes que ejecuta el bastón cuando acompaña a un caminante. Elvira mira la hora y se sorprende].*

¡La entrevista! Gracias, abuela. No quiero perder la primera entrevista profesional de mi vida.

*[Precipitadamente toma un gastado portafolio y un abrigo raído, y se dirige a la puerta que comunica a la habitación con el mundo exterior. Antes de hacer mutis, regresa la mirada al armario y se persigna esperanzada. Al llamado del signo responde el toque del bastón, que sigue sonando mientras la escena se cubre de oscuro. Un instante después, la puerta exterior se vuelve a abrir, ahora vemos a Elvira vieja, regresa de un arduo día de labores. Lejano está su primer día de trabajo, tan lejano como el día de su casi imposible jubilación. Ahora viste otro abrigo, más raído,*

*o acaso el mismo después de servir de cobijo por más de tres décadas. Dirige sus palabras a sus dos hermanas, quienes son invisibles para el público].*

Estoy harta, más que harta, no de ustedes, par de inútiles, que no sirven más que para zurcir calcetas, sino del trabajo. ¿No me tienen preparada el agua caliente? Las vecinas dicen que no parecemos hermanas, ustedes las castas susanas —más pobres que castas, ja, ja—, y yo con mi batea de babas... Anda, dámelo acá. Todo se les complica.

*[Pone en el suelo una vieja palangana de agua con sales. Se sienta en una silla y remoja sus pies cansados].*

Hoy vengo agotada, pero de buen humor. A pesar de que estuvo mi jefe más necio que un marido. ¿No hubo cartas? Esa hija que Dios me dio cada vez escribe menos, o lo que es lo mismo, cada vez le hace, os menos falta. ¿Ya está la cena? porque tengo hambre. Sí, ya sé, me equivoqué, no debí mandarla a los Estados Unidos para que estudiara, pero ojalá se quede allá... ¿Qué dijo el médico?... ¿Y por qué no fueron?... Más gastaré si se mueren. A mi me hacen más falta que a la caja, así es que mañana a ver al doctorcito, para que les quite todas las reumas, los torzones y las cataratas. Lo único que no pago es una operación de juanetes, no sirve de nada. Ese fue el único error que cometió la abuela. Hoy me acordé todo el día de Ma Eugenia. Ella estaba más preparada para la vida que ustedes... y que yo. En ese tiempo sí que había mujeres. Tuvo dos maridos y ustedes ni uno, yo de menos tuve una mitad... o menos, pero lo necesario... No van a creerme, pero un día fui tan descarada que le conté mi plan a la abuela... Pues se rió... *[Se ahoga en la nostalgia y suspira.]* Pero la vida no fue tan fácil... a veces me siento como una mula de carga. Ya me estoy cansando de mantenerlas, si tanto cuidaron su castidad, pues ahora ¡coman honra!

*[Oscuro instantáneo a la mitad de la gesticulación].*

### ESCENA TERCERA

*En los años noventa: hoy la historia de la joven Eugenia sucede al cambio del siglo XIX. Una luz tenue ilumina la recámara, como se hizo al inicio de la Escena Primera. Estela está dormida en la cama, cuando su sueño es interrumpido por el tenaz despertador que anuncia las cinco de la mañana. Lo apaga y enciende la luz de la habitación. Como una autómatas se dirige al teléfono, y marca el número de José Mora. Se escucha su voz impersonal: “Esta es la residencia de José Mora, ahora no estoy para recibir su llamado, pero si deja un mensaje, le llamaré lo antes posible.” Un “click” invita a la comunicación tentadora. Estela no controla su ira].*

ESTELA

Quiero nuevamente ser libre... Joe, tú nunca me alcanzarás. ¿Por qué tú y todos los hombres siempre van un paso atrás de las mujeres? *[Un “click” impersonal anuncia la*



*incomunicación, pero ella no lo nota.] Nosotras aprendemos a caminar antes y hablar antes, maduramos con prontitud. Vivimos con mayor conciencia y envejecemos con dignidad... Pero nuestra paciencia nos traiciona. Ustedes son misógenos... nosotras somos...[Piensa la palabra.] misándricas.*

*[Cuelga la bocina con lentitud, y se dirige al armario con pasos lentos, para sacar alguna prenda de ropa].*

Yo no quiero terminar en divorcio como mi madre, o siendo madre soltera como mi abuela.

*[De repente percibe las vibraciones vitales del mueble. Hacia él extiende sus manos como si fuera una invidente. Da un paso con decisión y pone sus manos en los picaportes].*

Abuela, Ma Elvira, ¿existes de alguna manera?

*[Intenta abrir el ropero con un movimiento de aparente efectividad, pero las puertas permanecen cerradas. Estela forcejea sin que éstas cedan un ápice].*

¡Malditas puertas! ¡Yo sabía cómo abrirlas!

*[Sus intentos son vanos. El armario no cede, parecería que ha sido clausurado para ella este rito de nostalgia].*

¡Ábrame! ¡Necesito entrar! ¡Abuela, abuela! ¡No me dejes sola ahora!

*[Todo esfuerzo es inútil. Estela cae de rodillas en llanto].*

¿Cuándo voy a descansar de ser mujer? ¡Es demasiada carga!

*[La puerta del ropero se abre mágicamente. Una luz opalescente y unos coros litúrgicos de voces femeninas invitan a la entrada. Estela responde como si una aparición beatificara esta llamada. Las dos puertas parecieran ser dos manos que convidaran a subir por la escala de Jacob— ¡perdón!, de Raquel—. Estela sube por ella, cruzando el umbral que la separaba de su protocósmos femenino. El armario se ha convertido en una puerta; ya nada contiene, ni posee pared posterior. Estela lo traspasa con lentitud mística, como por un camino de perfección. Su mente dicta palabras que en este momento ella no llega a comprender].*

Lejos de los sentidos... Perseverancia... Destierro... Amor... Unión... La gran quietud... Los secretos...

*[Continúa su camino por las moradas, mientras se escucha el clamor mistificador de voces y armonías. Cuando la figura beatífica de Estela se ha ido perdiendo en las profundidades escénicas, las dos puertas recelosas cierran el castillo interior, y la recámara vuelve a existir con toda su cotidiana vulgaridad. Después de unos instantes, el teléfono suena intempestivamente. Nadie responde. Se interrumpe y vuelve a sonar sin respuesta. Sobre el sonido telefónico, escuchamos un andar pesado y majestuoso, que arrastra colas vestuarias bajo el ritmo de un*

*bastón con indudable empuñadura de plata. Estos ecos ya no nacen del ropero, ahora invaden la escena. La llamarada sonora del teléfono se extingue. Como por arte de magia, el majestuoso ente mobiliario se adelanta unos metros y gira sobre sí mismo. Una mezcla de cadencia de vals tocado al revés, retrocede el tiempo. Una luz cenital da al mueble una apariencia fantasmagórica. Cuando la música ha llegado a su volumen máximo, la parte superior del ropero es inusitadamente levantada por el viento, mientras sus paredes laterales caen hasta formar una corola; ya que penden de la base del armario por poderosos goznes. Ha quedado al descubierto una augusta figura femenina de elegante postura. Es doña Eugenia, la abuela de Elvira y, consecuentemente tatarabuela de Estela. Su silueta es imponente, lleva un largo abrigo de pieles y un sombrero que hace juego. Su peinado alto y el estilo de su andar apuntan anacrónicamente a los albores del siglo XX. Sobresale su elegante bastón, que debió pertenecer a su propia abuela. Su voz, madura ya, es, a la vez, cariñosa y autoritaria. Es una mujer que sabe hacerse amar de los que la obedecen. Desde que cumplió los treinta años, se convirtió en una matrona; ahora tiene sesenta años. A sus pies se encuentra un arcón antiguo.].*

#### DOÑA EUGENIA

Niña ¿dónde estás? No puedes pasarte la vida en escondrijos. Ni tu madre se escondió tantas veces como tú. Elvirita, sé que estás aquí y que me escuchas. Te voy a contar una historia de una niña, de una niña de siete años como tú. Era una niña que lo tenía todo, padres, hermanos, juguetes y hasta una gran hacienda. Y lo fue perdiendo todo, primero la madre, después el padre, luego la hacienda, y por último, sus hermanos. Cuando ella se sentía sola e insegura, recurría a un armario para esconderse, y esperaba a que su abuela viniera a rescatarla. Hasta que un día aprendió que en la vida no se debe jugar a las escondidas, que hay que aprender a hacerle frente a las cosas. ¿Me entiendes, Elvirita? Yo te quiero porque eres mi única nieta y porque eres una niña asustadiza, pero tienes que crecer y aprender a ser fuerte como la niña de esta historia.

*[Ha ido buscando en todas partes, menos en el arcón. Por fin se acerca y lo abre. Saca varios vestidos infantiles de diversas épocas y modas].*

Este vestidito perteneció a mi abuela, con él vino de Europa. Este trajecito fue de mi otra abuela, la que tenía sangre india. Tu mamá usó este babero. En este arcón guardamos ropita de niñas tan lindas como tú.

*[Mira al fondo del arcón, y allí parece descubrir a la niña Elvira. Toma un vestido infantil y hacia él dirige el diálogo, como si fuera su nieta].*

¡Boo! Sabía que estabas aquí... Mira, Elvirita, te voy a dar un consejo. Un consejo que a mí me dio una nana que tuve, se llamaba Nicolasa.

*[Coloca el vestido infantil dentro del arcón, y saca otro, ahora es de una adolescente. Hacia esta prenda dirige su diálogo].*

Ya eres una jovencita y no puedes seguirte escondiendo toda la vida. Aunque tu madre también se escondía en los armarios. ¡Creo que ya tienes edad para conocer mi historia!

*[La abuela Eugenia se ha quitado el sombrero y se ha sobrepuesto una prenda de jovencita y, acaso, un hermoso sombrero juvenil. Ahora es la joven Eugenia de 17 años].*

No te enojés, Nicolasa. Sé buena y dale esta carta a Pedro. El irá hoy a la plaza del pueblo... Te prometo que no volveré a enojarme contigo, pero no me hables de ese haragán ahijado de mi padre. ¿No ves que Pedro me quiere por la buena? No importa que tenga hacienda...

*[Eugenia baila con abandono un vals. Regresa al mundo real y ve de nuevo a Nicolasa, que le entrega una carta].*

Dame acá, Nicolasa, esa carta, y prométeme que traerás cuanta carta Pedro me envíe, no ves que en este pueblo no hay correo.

*[Lee con fruición una supuesta carta].*

¡Siento que la cara me arde!

*[Baila mientras adivina el contenido de la carta, y luego pasa a leer la insípida misiva. Primero imagina el contenido].*

Mi querida queridísima Eugenia: He descubierto algo que no sabía, que tú también me quieres, que tu desdén es falso, que al aceptar mis cartas también aceptas mi corazón. *[Lee.]* Eugenia, he pasado todos estos días frente a tu casa esperando verte, pero sólo he visto a tu padre una vez. *[Deja de leer y baila con los ojos cerrados.]* Ahora soy transeúnte del amor, transito por tu casa para respirar tu aire y robarle a la luz los mismos colores con que te colorea. *[Lee.]* Quisiera hablar contigo. *[Deja de leer.]* No me digas que **no** con el silencio, ni que **sí** con la palabra. Déjate llevar por mi amor, él nos guiará no sé a donde. *[Lee.]* Necesito verte. Ve a la iglesia, ahí te veré en la misa de seis de la mañana. *[Fantasea.]* Ahí rezaremos por nuestro amor, y podremos hincarnos juntos en el comulgatorio. *[Abre los ojos y mira al vacío.]* ¡Por la hostia que comulgaré mañana, te juro que te amo!

*[Lee el final de la supuesta carta, su desengaño es notorio].*

Te admira. Pedro.

*[Eugenia vuelve a leer con el corazón].*

Te ama tu amante amantísimo, tu Pedro, tu Pedrito... ¡tu bebito!

*[Sorprendida abre los ojos y deja de valsear].*

¡Yo puedo tener un hijo con Pedro! ¿Pero cuando?

*[Una imponente voz masculina, casi sacerdotal, se escucha. Es el padre de Eugenia. Ella la percibe impávida].*

*PADRE DE EUGENIA*

Eugenia, éste es un día muy importante para ti. He estado pensando en tu felicidad, y acaso de otorgarle tu mano a don Tranquilino. En otoño te casarás con él.

*EUGENIA [JOVEN]*

¡Papá!

*PADRE DE EUGENIA*

Es un hombre excelente, calmado. Algo debe haber aprendido de su viudez. Será un buen marido.

*EUGENIA [JOVEN]*

¡Pero yo no lo quiero!

*PADRE DE EUGENIA*

Tu padre sabe lo que te conviene.

*[Eugenia huye a su recámara y, llorosa, se arroja a la cama— la de la escena—. De repente se interrumpe al sentir una presencia extraña y amenazadora. Eugenia gira violentamente hacia el fondo de la escena, ahí descubre a alguien — invisible para el público —. Es Antonio Corona, el ahijado de su padre].*

*EUGENIA [JOVEN]*

¿Qué haces aquí, Antonio?

*[Una risa masculina, plena de lujuria, viola el silencio].*

¡Estás borracho! ¡Vete de mi cuarto! ¡Papá te matará cuando se entere! ¡Eres su ahijado!

*[Eugenia lucha con un hombre, forcejea sin oponente visible. La risa masculina pasa a ser respiración entrecortada, con ritmo creciente].*

¡Yo no te quiero! ¡No me toques!

*[Una mano invisible cubre la boca de Eugenia y sofoca sus gritos. El visitante nocturno la viola. Ella cae al suelo en la lucha. De pronto el movimiento cesa, la víctima abandona la resistencia. Se escucha la respiración agitada, machista, animalesca, de un clímax sexual. Pasados unos instantes, ella intenta incorporarse, pero solamente logra gatear, llorosa y doliente].*

¡No! ¡Así no! ¡Así no es el amor!

*[Se escucha la voz paterna, seductoramente impositiva, sin posibilidades de rechazo].*

*PADRE DE EUGENIA*

El otro día no quise insistir por prudencia, y mira que la prudencia no es mi virtud preferida. Ahora ya lo has pensado, quiero que recibas a don Tranquilino con una sonrisa. Por ahora no te

obliga a más, eso ya vendrá después. Una sonrisa cordial no se le niega a nadie, y menos a quien pronto será socio de tu padre.

*[Eugenia se ha incorporado con dolor y deambula como si fuera una sonámbula. Luego se sienta en la orilla de la cama].*

*EUGENIA [JOVEN]*

Nada me pasa. ¿Cómo quieres que te lo cuente? Aunque digas que eres india, Nicolasa, y que sabes leer las caras, nada me pasa. Solamente siento a veces una falta de aire, pero eso es todo. Pronto se me pasa. Yo siempre te he querido como a mi madre, no conocí a otra... ¡Nicolasa, no puedo mentirte, me siento mal, muy mal...!

*[Eugenia llora desconsolada. Del llanto pasa a sentir nauseas].*

¡No! ¡No me tocó Pedro! No fue él, fue otro. ¡El maldito! ¡El ahijado! ¡El casi hijo de mi padre!...  
¡Maldito el que muerde la mano que le da de comer!

*[Regresa la voz paternal con mayor impertinencia].*

*PADRE DE EUGENIA*

Eugenia, lo que voy a decirte lo diré solamente hoy, nunca más volveré a hablarte de este asunto. Nicolasa me lo contó todo, es una mujer fiel. No te preocupes, nunca la volverás a ver. Le di buen dinero y la mandé a descansar a su pueblo. Debió de cuidarte mejor. Dadas las circunstancias, te casarás en tres semanas. Tranquilino es un hombre generoso, lo sabe todo y te perdona, como yo... si te casas.

*EUGENIA [JOVEN]*

¡Pero yo no lo quiero!

*PADRE DE EUGENIA*

Ah, se me olvidaba, mi ahijado sufrió un accidente, su caballo se desbarrancó. Es mejor que lo sepas por mí y no por otros, ¡Ojalá Dios se haya apiadado de él!

*[Eugenia pasa de ser joven a ser abuela. Se acerca al arcón y mira otras prendas familiares].*

*EUGENIA [ABUELA]*

Ni mi vida ni la de mi madre ni la de mis abuelas fue fácil. Por eso siempre quise darte este consejo. Algo te conté cuando eras pequeña, pero no creo que lo recuerdes. Después lo intenté cuando eras jovencita, pero no supiste escucharme. Espero que ahora sí comprendas mi consejo... Que nunca dejes que otros decidan por ti. Fíjate bien, un día te vas a enamorar de un muchacho y te vas a querer casar. Abre bien los ojos, este mundo está plagado de ociosos y de mentecatos. Tú debes de escoger muy bien. ¡Fíjate en mis palabras, no dejes que nadie decida por ti!

*[La vieja camina ahora con esfuerzo, su reumatismo es notorio. Sube al ropero con dificultad. Parecería que va a zarpar en un crucero transatlántico].*

La vida no será fácil para ti, te colmará de cosas, más de las que merecerás, pero nunca te dará lo que pidas. Si lloras por las cosas perdidas, nunca gozarás de las que tienes. ¡Adiós, Elvira! Cuando me muera, te heredaré este viejo armario, no para que te escondas, sino para que recuerdes que debes hacer todo lo que sea posible para que llegues a ser feliz, y también para que lo heredes a las hijas que Dios te dé... ¡Recibe mi bendición!

*[La vieja bendice temblorosa al vacío, y continúa santificando mientras el ropero— aún sin laterales y en posición transversal al escenario — regresa a su lugar de origen. Paralelamente se va oscureciendo la escena].*

#### **Escena Cuarta**

*De nuevo hoy, los años noventa. Suena el teléfono, primero se escucha un sonido distorsionado como si fuera parte de una alucinación, después los sentidos se adaptan a la realidad cotidiana. Estela ha estado dormida en la cama todo el tiempo. Se despereza con dificultad. Contesta por fin el llamado. Al principio su voz se escucha también sonoramente alterada].*

ESTELA

¡Bueno! ¡Aló!

*[Una luz ilumina su mano que contesta el teléfono. Todo el resto del espacio escénico aún está en la penumbra].*

¡Bue... Sí, soy yo. Es que tomé una pastilla... ¿Tan tarde? Me quedé dormida... ¿Yo?... Estoy bien, un poco atontada.

*[Poco a poco se ha ido despabilando para ser la Estela del principio de la obra].*

¿Escuchaste la contestadora automática? No lo hagas. Anoche te llamé varias veces... Sí, ya sé, pero me impacienté. Dije cosas que ahora no siento... No, estoy bien... Sí, sí, comprendo... No hace falta, puedo ir sola... Sí, creo que será lo mejor. No te preocupes, puedo ir sola. Después de todo, no seré la primera mujer que aborte. Primero tengo que ir a la oficina, tengo una junta con los gerentes del nuevo proyecto... Sí, te estaré esperando...

*[Estela cuelga el auricular con la desilusión marcada en el rostro. Medita por un instante, para luego sentir una rabia desbordada, sumatoria de las iras suyas y de las de todas sus madres. Únicamente su figura está iluminada, el resto de la escena continúa todavía en lo oscuro. Estela vuelve a sentirse por un momento insegura. La luz escénica aumenta. La imagen del armario viene a su recuerdo como una isla de inseguridad. Se vuelve para mirar el mueble y descubre, con gran sorpresa, que ha desaparecido. En su lugar hay una inhóspita pared. Se acerca para palpar el*

*lugar donde estaba el ropero de todas sus abuelas. Sus manos expectantes acarician la pared. Como queriendo recuperar un poco de cariño perdido].*

¡Quiero ser libre!

*[Sus rodillas flaquean y cae hincada. Un llanto sin consuelo le corre por el rostro].*

¿Por qué los hombres tienen siempre la última palabra?...  
¡Ya no quiero ser más la generosa!

*[Del llanto de desconsuelo, Estela pasa a sentir una ira amarga que le hace golpear con los puños la pared. Luego de enjugarse las lágrimas, se incorpora].*

¿Por qué no puedo ser feliz?

*[Con decisión toma la ropa preparada para ese día, se la pone con movimientos lentos, luego con más energía].*

¡No estoy dispuesta a ser siempre la perdedora!

*[De la ira capital pasa, paulatinamente, a la ira santa, aquella de las causas nobles. Con movimientos rápidos se peina. Comienza a pintarse sensualmente los labios ante el espejo, se detiene en la mitad del movimiento, maldice, y con la ira ya desbordada, se limpia el rouge como si los labios se quemaran con el colorete. Escupe asqueada].*

¡No quiero aparentar más!

*[Se mira en el espejo con dignidad. Toma masculinamente el elegante portafolio y se dispone a salir. Va con determinación hacia la puerta, la abre aún iracunda. Antes de salir mira hacia donde alguna vez estuvo el armario].*

Tendríamos que transformarnos hasta el extremo de... ¡No, José, no creo en milagros!

*[Vase. Se oye la puerta exterior al cerrarse con un sonoro portazo. Después de un instante, se hace el oscuro. Fin del Acto.].*

Cincinnati, Ohio - Louisville, Kentucky  
Noviembre de 1989 — Enero de 1990.

## PALABRAS OCIOSAS IV

Las tres historias integrantes de esta pieza sucedieron en la vida real, en diferentes años del siglo XX. Escuché contar las historias de Eugenia y Elvira en mi núcleo familiar, cuando era niño. Los nombres de los personajes — especialmente los femeninos— son muy queridos por mi, ya que con ellos fueron bautizados miembros de mi familia pertenecientes a tres generaciones. Es importante aclarar que estos nombres no guardan ninguna relación con los personajes de esta historia.

Esta obra responde a una pregunta que me hiciera una estudiante después de una conferencia que impartí en la Universidad de Oberlin: “¿Cómo son los personajes femeninos en sus obras, o cómo es la situación de la mujer en México?” Yo respondí lo mejor que pude, hablé de la fuerza y la generosidad de todas las mujeres con quien he convivido, mi esposa, mi madre, mi suegra, mis abuelas, y también de mis personajes femeninos. Todas fueron mujeres-axiales en su núcleo familiar. Meses después comencé a recordar éstas y otras historias sobre la liberación femenina latinoamericana, y del mucho rumiar de estas presencias más allá de la muerte, nació esta obra de teatro.